

---

---

## Capítulo II (1).

---

Quien era Cristobal Colon.

—No sé hasta qué punto seré imparcial conmigo mismo al hacer el triste relato de mi historia: los hombres no solemos ser más que lo que nos permiten nuestras pasiones, y tal vez yo, ciego por las mias, dejándome llevar de mis humanas debilidades, haga apreciaciones inexactas en cuanto se refiere á mi conducta. Procuraré huir de este peligro, concretándome en tanto me sea posible á los hechos.

En cuanto á lo demás, vos, padre mio, juzgareis, porque para ello os sobra inteligencia y corazon.

Nací en Génova, allí, en aquella tierra bendita, de la verdadera igualdad cristiana.

---

(1) En el original, la historia de Colon se encuentra extractada, y á fin de darle mayor interés, hemos creído conveniente ampliarla con todos sus curiosos detalles.

N. del T.

Perdonadme: á pesar de mi propósito, empezaba quizás á extraviarme; pero si supiéseis cómo allí se respetan á los hombres por su talento y sus virtudes, comprenderiais mi entusiasmo.

Mi buen padre, á quien Dios habrá dado un lugar en la mansion de los justos, era un pobre industrial, un simple trabajador, un humilde cardador de lanas, que no tenia más riqueza que el producto de su trabajo, que no tenia más goces que el tierno amor de su familia y la tranquilidad de su pura conciencia.

Laborioso hasta donde puede concebirse, trabajó noche y dia sin descanso para reunir algunos ahorros con que poner á sus hijos á cubierto de la miseria, cuando el Omnipotente lo llamase ante su justicia.

Tres hermanos me habia dado el cielo, nacidos despues que yo...

¿Volveré á verlos?...

¡Dios mio!

Mi buen padre pensó enseñarme su oficio, á la vez que procuraba dirigirme por la senda de la virtud dándome el ejemplo de la suya; pero nuestros primeros instintos puede decirse que nacen de los espectáculos que la naturaleza ofrece á nuestros sentidos en los lugares donde recibimos la existencia, sobre todo cuando esos espectáculos son majestuosos é infinitos como las montañas, el cielo y el mar, y sin duda por esta razon me sentí impulsado hácia distinta senda.

Nuestra imaginacion es el espejo de las primeras escenas que nos impresionan, y como mis miradas de



niño contemplaban con admiracion el firmamento y los mares, lo que en los mares y el firmamento veia era lo que me cautivaba.

¡Cuántas horas pasé, ya en las risueñas mañanas de la primavera, mientras el sol se levantaba en un horizonte purísimo, ya en las tranquilas noches del estío, mientras la luna derramaba sobre el oleaje torrentes de argentados reflejos! ¡Cuántas horas, digo, pasé arrobado en muda contemplacion, no solamente admirando en la naturaleza, sino bendiciendo y adorando al Creador!

Mi imaginacion de niño iba en aquellos momentos...

¡No sé adónde iba.

Lejos, muy lejos, y mi ardiente afan era ir más allá todavía, mucho más allá, no solamente para descubrir lo que no alcanzaban mis ojos, sino para adorar más y más la omnipotente mano, porque á pesar de la flaqueza de mi razon de niño, sin duda movido por la fe que habian sabido inspirarme mis padres en la obra divina, lo que yo siempre buscaba era á Dios...

¡Y á Dios lo encontré siempre en el fondo de su misma obra!

—Sí,—dijo el religioso sin poder contenerse;—Dios en todas partes, Dios en todo, porque todo es obra de Dios... ¡Ah!... ¡Y no se ha entiviado vuestra ardiente fel...

—No, padre mio, y antes que se entibie, deseo que la misericordia divina acabe con mi existencia. Grandes han sido mis desgracias, rudas, espantosas

las luchas que he tenido que sostener; pero aún en esas mismas desgracias he visto y reconocido siempre la justicia de Dios, en ellas mismas he encontrado una prueba de su amor infinito.

—¡Bendito seais!... Proseguid, proseguid.

—Mi buen padre, que me estudiaba con el cariñoso cuidado que un padre estudia á sus hijos, comprendió mis inclinaciones, y haciendo uso de los ahorros que á costa de tantos afanes habia reunido, los empleó en satisfacerme, ayudando mis inclinaciones, y me envió á Pavia con el fin de que allí me dedicase al estudio de las ciencias, y adquiriese además conocimientos de alguna importancia en la navegacion.

Mi inteligencia podria ser muy limitada; pero en cambio contaba con mi ardiente deseo de aprender y con mi voluntad firme de corresponder á los sacrificios de mi padre.

Así pueden explicarse los rápidos adelantos que hice, llegando en poco tiempo á saber lo que saben muchos.

Empero no quise detenerme donde se detienen todos, y á los catorce años volví al seno de mi familia con la firme resolucion de seguir estudiando con el mismo afan y con la mismo constancia que hasta entonces lo habia hecho.

Pocos dias despues de haber vuelto á mi casa, manifesté á mi padre el gran deseo de navegar, para completar así con la practica los conocimientos que habia adquirido en las escuelas de Pavia.



Púsoseme el inconveniente de mis pocos años; pero insistí de tal modo, tanto supliqué y tales razones dí, que al fin mi padre accedió á mi deseo, y en breve me embarqué para comenzar mi peligrosa carrera.

¿Para qué he de entrar en detalles sobre mis expediciones marítimas?

Los años que invertí en ellas, serví lo mismo en los barcos mercantes que en las armadas, con que mi patria combatió en el Mediterráneo á los españoles y á los moros, guerra que unas veces eran de interés nacional y otras de religion.

Fuí soldado y marinero, de todo me ocupé; pero no por eso dejé mis estudios durante aquella vida agitada, sino que, al contrario, aumenté el caudal de mis conocimientos.

Todo esto lo consideré poco; parecíame que tenia deberes más importantes que cumplir; mi pensamiento era más grande, y en mi ambicion, loco tal vez, aunque ambicion desinteresada, soñé con algo más que con la conquista de algun puerto ó la presa de algunos bajeles para mi patria... ¡Quise hacer una conquista para la humanidad!

Los sucesos vinieron á favorecerme; ó por lo ménos así lo creí; lo que debia considerarse una desgracia, lo tuve por una fortuna, y aún ahora sigo pensando lo mismo.

El último combate que sostuvo la armada donde yo servia, tuvo lugar en las costas portuguesas.

La suerte favoreció á uestros contrarios, que alcanzaron la victoria.





La galera en que yo iba se incendió, y el naufragio fué inmediato, dando apenas tiempo á unos pocos para salvar la vida.

Yo pedí auxilio al Omnipotente, y fiado en su ayuda, cogí un remo y me lancé á las aguas.

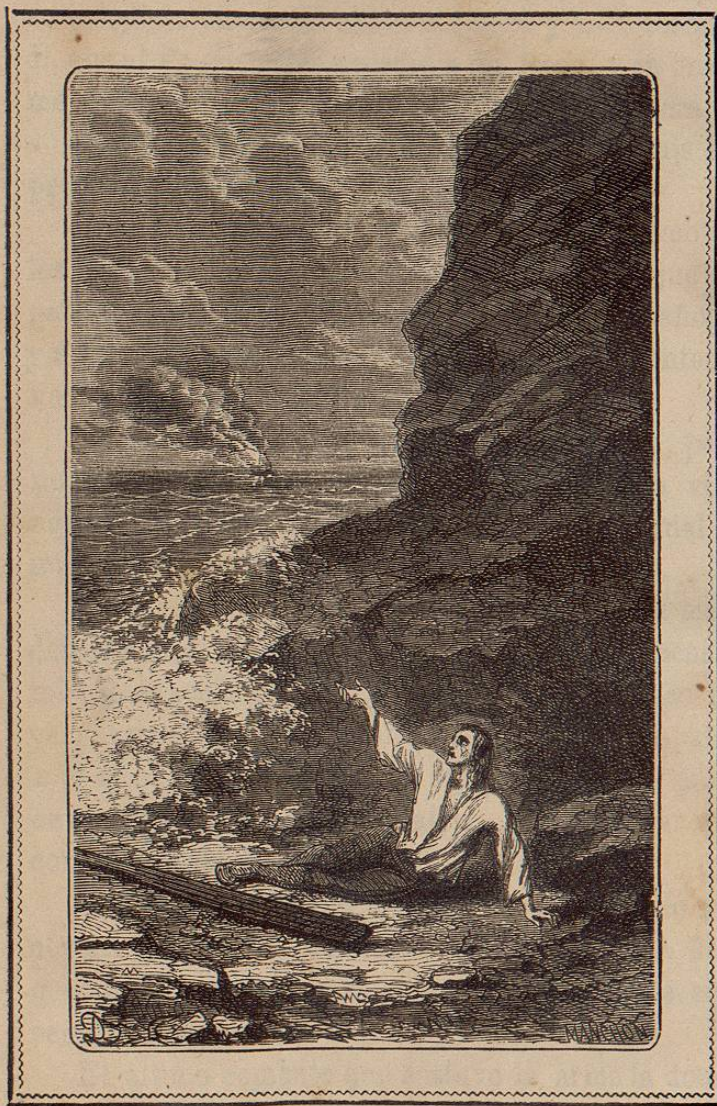
Me encontraba á una distancia respetable de la orilla; pero mis fuerzas, en vez de menguar parecían crecer con el peligro, y despues de una larga y tenaz lucha con el elemento que amenazaba tragarme, conseguí poner mi planta sobre la arena.

No puedo explicar lo que en aquellos momentos sentí: no era la alegría de haber salvado la existencia, que por grate que me fuese, siempre habia sido para mi una série no interrumpida de trabajos y durísimas pruebas.

Yo, ciego tal vez por mi vanidad, creia que me estaba reservada una grande mision, que el fruto de mis trabajos y mi constancia debia ser un beneficio inmensa para la humanidad, y mi alegría en aquellos momentos fué la idea de que, salvándome yo, se salvaria la empresa conque siempre habia soñado.

Esto que digo no es la manifestacion de un amor propio, que estaba muy lejos de tener, es simplemente la expresion de lo que siento, y vuelvo á repetir que ninguna ambicion de guia, ni siquiera la ambicion de la gloria, sino el deseo de ser útil á la humanidad y de que se cumplan los designios del Omnipotente.

El afan de hacer descubrimientos marítimos ha-



CRISTÓBAL COLON. —... conseguí poner mi planta sobre la arena.



bia llegado á ser en el pueblo portugués una verdadera pasion, y por consiguiente, ningun lugar más conveniente á mis inclinaciones y mis proyectos podia buscar.

Allí me establecí, y para atender á mi subsistencia, en tanto que encontraba quien favorecia mis proyectos, me dediqué á dibujar mapas.

Las horas que me dejaba libre mi trabajo, las empleaba en buscar relaciones con los que se dedicaban á la navegacion y el estudio de la geografia, esperando conseguir así la ocasion en que pudiera lanzarme á mi placer en medio del Océano para realizar mis planes.

Así trascurrió el tiempo sin que yo abandonase un instante mi idea, y alentado por mis esperanzas, no desistí de mis proyectos, á pesar de que desde el primer dia empecé á encontrar inconvenientes que parecian invencibles.

Un nuevo incidente vino á cambiar la faz de mi vida.

Permitaseme hablar de él, aunque no se relacione muy directamente con la idea que me preocupa; pero interesa demasiado á mi corazon, y no puedo guardar silencio al hacer el relato de mi vida.

Me refiero á la mujer virtuosa y sublime que me amó con una ternura sin igual, que compartió conmigo mis trabajos, y que sin duda fué puesta por Dios en mi camino para consolarme en mis dias de amargura...

¡Ah!...

¡Felipa, esposa mia, tuyo será siempre mi recuerdo, y para tí tambien mi último suspiro!...

Ruega al Omnipotente, á cuya santa mansion te habrá llevado tu virtud, ruégale que proteja á tu esposo.